

CXVII

AL MAESTRO «AZORÍN», POR SU LIBRO
«CASTILLA»

LA venta de Cidones está en la carretera
 que va de Soria a Burgos. Leonarda, la ven-
 que llaman la Ruipérez, es una viejecita [tera,
 que aviva el fuego donde borbolla la marmita.
 Ruipérez, el ventero, un viejo diminuto
 —bajo las cejas grises, dos ojos de hombre
 [astuto—
 contempla silencioso la lumbre del hogar.
 Se oye la marmita al fuego borbollar.
 Sentado ante una mesa de pino, un caballero
 escribe. Cuando moja la pluma en el tintero,
 dos ojos tristes lucen en un semblante enjuto.
 El caballero es joven, vestido va de luto.
 El viento frío azota los chopos del camino.
 Se ve pasar de polvo un blanco remolino.
 La tarde se va haciendo sombría. El enlutado,
 la mano en la mejilla, medita ensimismado.
 Cuando el correo llegue, que el caballero aguarda,
 la tarde habrá caído sobre la tierra parda
 de Soria. Todavía los grises serrijones,
 con ruinas de encinares y mellas de aluviones,

las lomas azuladas, las agrias barranqueras,
picotas y colinas, ribazos y laderas
del páramo sombrío por donde cruza el Duero,
darán al sol de ocaso un resplandor de acero.
La venta se oscurece. El rojo lar humea.
La mecha de un mohoso candil arde y chispea.
El enlutado tiene clavados en el fuego
los ojos largo rato; se los enjuga luego
con un pañuelo blanco. ¿Por qué le hará llorar
el son de la marmita, el ascua del hogar?
Cerró la noche. Lejos se escucha el traqueteo
y el galopar de un coche que avanza. Es el correo.

CXVIII

CAMINOS

DE la ciudad moruna
tras las murallas viejas,
yo contemplo la tarde silenciosa,
a solas con mi sombra y con mi pena.

El río va corriendo,
entre sombrías huertas
y grises olivares
por los alegres campos de Baeza.